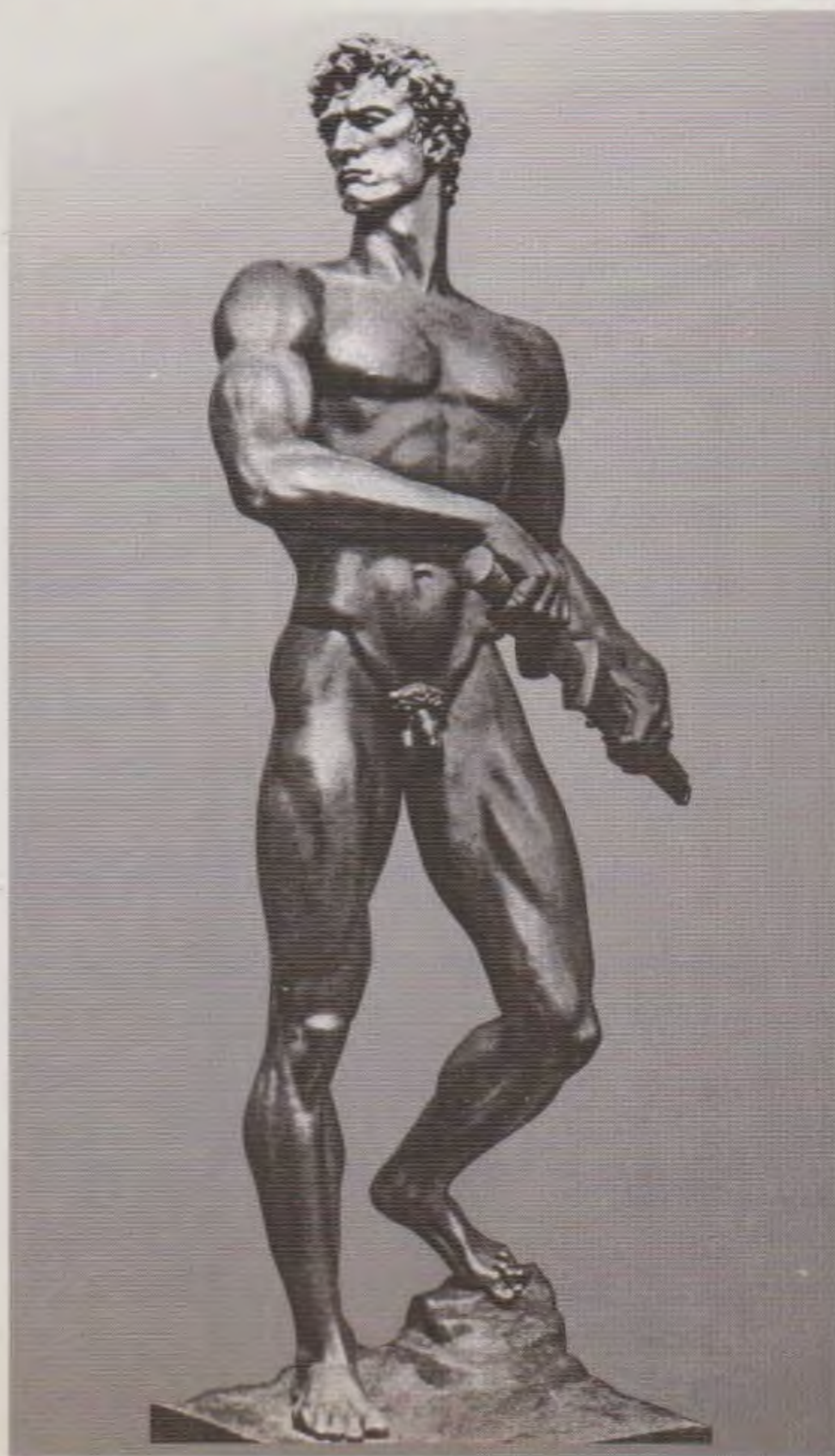


CONQUISTA DEL PODER Y METAPOLÍTICA

JOSÉ LUIS ONTIVEROS



Prólogo de Carlos Caballero



En el ámbito de la literatura iberoamericana, la obra de José Luis Ontiveros (Córdoba, México, 1954) es muy singular, tanto por su temática como por su estilo desafiante y provocador. Aunque ha incursionado en distintos géneros, destaca especialmente en la narrativa. El núcleo de sus ensayos es la épica y la revitalización de una axiología heroica. Su narrativa se condensa en lo maravilloso y en la condición fatídica de lo humano, así como en la búsqueda de lo sagrado. Para Ontiveros, la literatura es un puente que permite atisbar lo absoluto o conduce a un sucedáneo terrenal: la locura. Como ensayista tiene dos libros importantes: la *Apología de la barbarie* (publicado en México, España y Portugal) y *La espada y la gangrena*. Al caer el muro de Berlín, apareció poco después su polémica epístola *Carta a un marxista decepcionado*. Su primera novela, *El Hotel de las Cuatro Estaciones*, publicada en 1995, generó reacciones de distinto calibre entre críticos y lectores.

INDICE

Prólogo <i>de Carlos Caballero</i>	7
1.- Carta a un marxista decepcionado, bagatela para esta hora de desmoronamiento y abdicación	15
2.- Revolución Cultural y conquista del poder	23
3.- Cultura alternativa y metapolítica	35
4.- Por una vía Iberoamericana	45
5.- Ontiveros y el pensamiento heliocrático, <i>por José Antonio Hernández García</i>	51

PRÓLOGO

de Carlos Caballero

En estos tiempos en que todo está en venta, el intelectual, el escritor es un objeto mercantil más. De la misma manera que se ha impuesto la ropa *prêt-à-porter*, el intelectual de nuestros días es un objeto *prêt-à-penser*, que argumenta dentro de los parámetros que le marca la moda y el mercado y -gracias a ello- obtiene su pitanza (que por lo demás suele ser bastante magra, ya que su rentabilidad es bastante pobre, comparándola con la que se obtiene de un técnico o un científico).

José Luis -le llamo así porque nuestra amistad se dilata demasiado en el tiempo como para no permitirme familiaridades- difícilmente entrará nunca en la nómina de estos intelectuales a sueldo. Y nunca ha sido la palabra nómina más adecuada. (Un inciso: una de las cosas más siniestras del mundo actual es contemplar hasta qué punto el lenguaje, la palabra -la “casa del Ser”, decía el viejo Heidegger- se ha contaminado con expresiones tomadas de la vida económica o del siniestro *argot* que generan las máquinas). Pero no creo que le moleste su condición de autor marginal, pues no en vano reivindica con orgullo el título de “Robinsón Literario” (mostrándonos, de paso, quién es uno de sus mentores, el venerado y venerable “Gecé”).

Autor maldito, está condenado a no ser leído por bien

pensantes. Alguna vez he tenido ocasión de leer cómo alguien se escandalizaba por la existencia de títulos como **Apología de la Barbarie** (debido a la pluma de José Luis). Como si este texto fuera una exégesis de la matonería de los *skin-heads* (tipos humanos que se sitúan en las antípodas de todo lo que José Luis considera digno), cuando en realidad es un lúcido análisis de la obra de alguno de los más interesantes autores de nuestro siglo. Pero ¿qué se le va a hacer!

Por mi parte, seguiré leyendo con entusiasmo todo lo que José Luis tenga las fuerzas para pergeñar sobre un papel. Comparto con él la pasión por la letra y como sé muy bien lo difícil que es juntar palabras, me declaro un admirador de su prosa. Cuando degusto la agilidad con que maneja nuestro viejo idioma, me parece que me encuentro ante un maestro de esgrima manejando su florete. Aunque quizás esta sensación se deba a que, debido al tipo de temas sobre los que yo escribo, mi estilo es mucho más plúmbeo y, en mi caso, en vez de tratar de imitar su agilidad con la pluma me veo forzado a machacar el idioma como un martillo aplasta el metal.

Pero no voy a glosar las excelencias de José Luis como escritor, porque a mí lo que me interesan son las ideas que él nos trasmite, no la forma en que lo hace. Hay montones de señores que escriben magníficamente bien, pero cuyas ideas son infumables para mí. En este sentido, se destaca por unir el valor estético con el rigor del pensamiento, virtud de los “escritores malditos”.

El presente texto se descompone en dos partes netamente separadas: una, consagrada a reflexionar sobre el suicidio

del marxismo y los marxistas, y otra, en la que se interroga a sí mismo sobre su América, la América romana o ibérica, o hispana. (No empleo la expresión de América latina porque para mí está connotada muy negativamente: aparece ante mí el espectro de los cantantes “latinos” que triunfan en los Estados Unidos y me pongo a temblar).

Después de un buen amigo, nada mejor que un buen enemigo. El marxismo fue nuestro enemigo. Era un buen enemigo. Nos batimos contra él en un tiempo en que ser anticomunista era un estigma. Ese necio insuperable que fue Sartre acuñó un dogma con el que comulgaba casi toda la *intelligentsia*: “Todo anticomunista es un perro”. Así se nos conceptuó. Hoy, con el marxismo abandonado en el “vertedero de la historia” (fabulosa expresión marxista, que curiosamente a quien mejor se le puede aplicar hoy en día es al materialismo histórico), todos abjurán de él. La buena nueva del mercado y la democracia parlamentaria se ha anunciado a todos los antiguos dogmáticos marxistas, quienes la acogen enfervorizados, con el típico ardor de los neófitos y los conversos.

El marxismo era un buen enemigo. Por la sencilla razón de que encarnaba, al desnudo, al 100 por 100, los auténticos valores de la ideología moderna, de la Razón Ilustrada. Algunos necios siguen creyendo que el marxismo lo que quería era el reparto de la riqueza entre los pobres, la justicia. ¡Vaya estupidez! Lo que el marxismo afirmaba era que, sin propiedad privada, el desarrollo de las fuerzas productivas sería exponencial, muy superior al que lograba el capitalismo. El sueño del marxista era una sociedad de hiperconsumo, de satisfacción automática y masiva de todas las necesidades materiales, hasta de los más ridículos caprichos, lo que sería

posible si se abolía la propiedad privada. Estaríamos tan satisfechos que, en palabras de Marx, el hombre que tuviera la suerte de vivir en el paraíso socialista, al levantarse cada mañana tendría como única angustia el decidir si se iba de caza o de pesca. Ese ideal no pretendía ser la antítesis de los valores de la burguesía, sino su culminación. El marxismo se oponía al capitalismo porque lo encontraba superado en el devenir histórico, no porque negara su antropología, ni su ética.

Por eso era un buen enemigo. No ocultaba su sueño con disfraces como hace el siempre acomplejado burgués, que -incapaz de generar ningún valor espiritual- se agazapa tras ideas que en realidad le son ajenas, como la de Patria. Pero, además, el marxista -y ahora no me refiero a las ideas, sino a las personas que las encarnaban- estaba poseído de aquello que siempre le ha faltado al burgués: unas dosis de tensión heroica. Para imponer su sueño (que para muchos de nosotros era una siniestra pesadilla) estaba dispuesto a luchar.

Los que creían que el marxismo encarnaba el triunfo de la Razón Ilustrada se situaron en una trinchera. Enfrente nos colocamos quienes lo veíamos como una abominación. Y la lucha fue tensa, dilatada y cruel. Detrás de cada trinchera se apostó una masa difusa y confusa, incómodos y no muy deseables compañeros de viaje. El burgués, que -como el marxista- soñaba con un mundo de satisfacción masiva de las “necesidades” materiales (y lo he puesto entre comillas porque, las más de las veces, de necesidad no tienen nada y sólo son consumo superfluo) temía porque le arrebataran la propiedad, de manera que se puso a nuestra espalda y nos azuzó con entusiasmo. Al final, las ideologías que expresaron el antimarxismo directo fueron barridas a sangre y fuego.

(Y, añadido, no sólo por las fuerzas de sus enemigos, sino también por sus propios errores -a veces abominables-).

El marxismo se hundió solo. Después de adueñarse del Estado más extenso del mundo (Rusia y su Imperio) y del más poblado (China), apropiándose, por tanto, de todas las fuerzas productivas que hubiera podido necesitar, sin embargo, se descubrió que era fenomenalmente estulto a la hora de desarrollarlas. En vez de generar toda la riqueza imaginable, sólo se demostró capaz de crear terror y miseria. Ryszard Kapuscinski, en su sensacional obra **El Imperio** decía, lúcidamente, que la inmensa producción de acero que alcanzaba la URSS se gastaba en levantar alambradas para impedir huir a sus súbditos. Pero la contradicción entre la idea proclamada y la realidad constatable era demasiado evidente como para mantener el engaño eternamente (pese a contar con el decidido apoyo de apologistas a lo Sartre). Que un proletario de un país capitalista desarrollado, ajeno a la propiedad de los medios de producción, vivía mejor que un trabajador en un país socialista, donde teóricamente era dueño de los medios de producción era un secreto a voces. Al final quedó de manifiesto que el rey estaba desnudo.

El veterano luchador marxista ha tenido que asistir al patético espectáculo de cómo se hundía su sueño, pero no derrotado en una dantesca confrontación, sino gangrenado, corroído, podrido desde dentro. Hay motivos para compadecerse. Y al que tuvo la bizarría de situarse directamente en la trinchera de enfrente, sin escurrir el bulto ni parapetarse, al que estuvo poseído por la pasión heroica, hay que reconocerle su gallardía.

Ahora el burgués se ha quedado solo, dueño de los cuerpos y las almas. Ya no tiene pesadillas. Es una lástima. Nada le impide seguir destrozando las viejas culturas, arrasando la naturaleza, embruteciendo las mentes. La rentabilidad está asegurada. El crecimiento económico puede seguir imparable. *Bussiness as usual*. La nueva santísima trinidad (rentabilidad, productividad, competitividad) también, en este caso, se resume en un dios único: el dinero. Quieren hacernos creer que sigue adelante el gran proyecto libertador y humanista de la Razón Ilustrada. Pero la Razón que se ha impuesto es la única que puede hacerlo, la Razón Instrumental, esto es, la Técnica y la Economía (o al revés).

Y, sin embargo, el fin del marxismo prefigura el fin del capitalismo. No, no soy ningún iluminado excéntrico anunciando un Apocalipsis inminente. Al capitalismo y a sus parafernalias político-ideológicas les queda cuerda para rato. Cuando digo que prefigura el fin del capitalismo me refiero tan solo a que, como el marxismo, se derrumbará algún día (temo que demasiado lejano) desde dentro, corroído, gangrenoso, purulento. Cuando sea evidente que bajo los oropeles del proyecto (ya sabemos cuáles son las grandes palabras que lanza al aire) sólo queda un planeta arrasado y unas culturas trituradas. Pero que nadie imagine un final para este mundo en el que vivimos al modo de un espectacular Apocalipsis: será un lento proceso de putrefacción interna. Un proceso que, eso sí, ha empezado ya.

Pero llegará un día en el que resulte evidente que el capitalismo también es un rey desnudo a quien sus cortesanos se empeñan en decir que luce los más hermosos ropajes. Antes o después quedará de manifiesto que el

crecimiento económico constante es inviable y, a la vez, que esa pasión productivista es la asesina del Planeta. Se desvanecerá la ilusión de que pueda satisfacer todas las “necesidades” de todos los habitantes del Planeta, entre otras cosas porque el sistema sólo vive a costa de crear cada día nuevas “necesidades”, que cada día son menos necesarias. Es su lógica, debe crecer constantemente y, por tanto, multiplica hasta el infinito las banalidades con las que nos apremia para que consumamos. Este es un ensayo que le propongo desde aquí a José Luis, cuya pluma será siempre más inspirada que la mía: “El Reino de la Banalidad como signo de los Tiempos”.

Mientras el sistema se descompone (y se va a tomar su tiempo) habrá que ir buscando alternativas. José Luis ya lo hace. La segunda parte de su texto es precisamente esto: una indagación sobre si la América Ibérica es depositaria de alternativas, de contramodelos, de esperanzas, en suma. Hay que alumbrar un mundo que no esté poseído de la pasión por lo material, sino incardinado hacia lo trascendente, en el que recuperemos para el ser humano su dimensión espiritual, sepultada, como hoy ocurre, bajo un sinfin de artilugios inútiles y pasiones envilecedoras.

Y si esta lucha, si esta búsqueda, no sirve para nada, ¿qué más da? A quienes hayan participado en ella les hará más nobles, les honrará. No son estos valores que hoy se coticen (¡maldita mercantilización del lenguaje!), pero esa es precisamente la más poderosa razón para perseguirlos.

Como el marxismo, el capitalismo parte de una visión teleológica de la Historia. También el capitalismo cree en ese porvenir radiante, que a muchos nos parece atroz, pero

que en definitiva nunca llegará. ¿Por qué me atrevo a afirmarlo? Muy sencillo: porque la historia no tiene un principio y un fin, no va en ninguna dirección. No es una línea recta, ni tampoco un círculo (una línea, al fin y al cabo, aunque cerrada sobre sí misma). La historia es -Nietzsche nos lo ha mostrado- una esfera y el futuro no está escrito: el hombre puede avanzar en cualquier dirección sobre la superficie de esa esfera y, por ello, afortunadamente el devenir es libre y no está determinado. Puede parecer que la historia camina con el paso más firme y decidido en una determinada dirección. Pero es falso. En cualquier momento se hará evidente que la estación de destino no es la imaginada. Dicen que nos conducen al paraíso, pero podemos encontrarnos entrando a toda velocidad en el infierno. Y, además, hay que recordar que siempre podemos torcer ese rumbo que hoy parece tan inamovible. Sólo hace falta que surjan los hombres y las ideas dispuestos a dar el golpe de timón. Gracias, José Luis, por animarnos a hacerlo con tus escritos.

I
**JOSÉ LUIS ONTIVEROS
CARTA A UN MARXISTA
DECEPCIONADO,
BAGATELA PARA ESTA HORA
DE DESMORONAMIENTO
Y ABDICACIÓN**

Para el anarca, la situación cambia poco: para él
las banderas tienen significación, pero no sentido.

Las he visto ya izadas ya arriadas, como las
hojas en mayo y noviembre, y esto como
contemporáneo, no sólo como historiador.

Ernst Jünger

Me atrevo a escribirte esta carta, aun cuando dudo sobre
lo atinado del título, pues te respeto demasiado para creer
que estás arrepentido y sé, por otra parte, que eres lo
suficientemente sincero como para no estar desengañado.
Mas no pretendo darte lecciones, a ti, que has creído en el
valor de la revolución y en la idea del sacrificio; lo que pudiera
otorgarme cierta autoridad para darte a conocer estas
dudosas reflexiones es que yo te combatí desde las barricadas
y no en los confortables salones de los burgueses. Esta
diferencia es la que nos hermanaba en las antípodas y, al

mismo tiempo, nos hacía complementarios en una misma fe desesperada. Miremos lo que pasa en el mundo: la bandera roja ha caído, su color bermejo como la sangre se ha apagado en una muerte lenta y sin gloria; tú, que hiciste temblar al mundo de la usura, que provocaste el terror pánico de la clase decentística, que afirmaste la desmesura de la lucha de clases has terminado sacrificado por unos burócratas cobardes, más despreciables aún que los viejos zares rojos encaramados sobre la utopía del *Gulag*. Siento que tu tristeza encubierta en un letargo nihilístico o un activismo puramente reactivo, es también para mí una derrota, la de quienes desde posiciones antagónicas nos propusimos entender la vida como el riesgo y el compromiso, los que soñamos en un mundo heroico, los que exigimos a la realidad algo más que la nauseabunda rutina y el éxito capitalista, los que amamos la fatal belleza de lo terrible.

No pienses que me dirijo a ti con suficiencia, yo he sido igualmente un hereje contumaz, sin embargo, sigo manteniendo enhiestas las banderas, como sé que tú lo haces; no he claudicado cuando los vencedores se erigieron en jueces, no he aceptado domesticar mi pensamiento ni someterme a la moda demoliberal. Probablemente esta irreductibilidad del espíritu sea la misma que dirigió a los tanques soviéticos, montados por los americanos, para terminar de arrasar los escombros del Reich; la que permitió que en nuestras tierras surgieran líderes trágicos como Castro y el Che; la que mantuvo indoblegables a los que osaron creer en la violencia creadora, pero, no te engañes, has vivido demasiado tiempo en la mentira, es necesario que rompas con un pasado de espejismos, ahora que el fantasma que recorría Europa se ha vuelto un espectro: Nunca existió el

socialismo real sino la *nomenklatura*. Nunca fue enterrado Dios, se levantaron falsos altares a los ídolos. Nunca la ciencia determinista explicó nada, petrificó el conocimiento hasta que el primer *sputnik* derribó la estatua rabínica de Marx. Nunca estuvo Marx a favor de los desheredados ni de los pueblos humillados, despreció a los *mujiks*, exaltó el imperialismo británico en la India y la expansión norteamericana sobre México en la guerra del 47. Nunca los burócratas que se hicieron con el poder absoluto conocieron el alma del pueblo y la exigencia de su destino. ¡Nunca!... ¡Nunca!... ¡Nunca!... Y ahora en el teatro de la historia se ha escenificado la última obra bufa, en un crepúsculo sin grandeza que mucho tiene que envidiar al crepúsculo de los dioses, incluyendo los acordes wagnerianos. Creo que puedo decírtelo, aunque te moleste, porque estoy convencido de que tú hubieras preferido una Numancia a esta devastación hipócrita, a esta entrega sin lucha del espíritu, a este ejercicio de la abdicación a la sociedad del simulacro.

Mas no creas, como aseguran los burgueses que su civilización es la única posible en el mundo. No caigas en la trampa, harto de ver tanta inmundicia e invadido por la acedia, de renunciar a una concepción de la vida de lucha y de victoria para, en su lugar, entronizar el desarme de las creencias y la universalización de la decadencia. Ernst von Salomon quien, como nosotros, fue incomprensible para el raciocinio pacifista y ciudadano, nos aconsejaba desde antes de la segunda guerra y para nuestra desgracia nunca le hicimos caso, pues otra sería la historia: “Es preciso unir las juventudes comunistas y hitlerianas y con la ayuda de estos batallones unidos mandar al diablo a los ladrones de la gran

industria y de las finanzas con su apéndice corrupto de ordenanzas de mierda y cagadores de florero y luego establecer como ley suprema, la única ley decente, la camaradería... y puedes llamar a esto socialismo o nacionalismo, me importa un carajo”. Este consejo tan preciso y de naturaleza apodíctica debe adaptarse a los tiempos finiseculares y posmodernos desde una camaradería inédita. El ridículo bigotillo de tío Adolf, embarrado de gomina, fue caricaturizado por Chaplin. Por su parte, Stalin ha tocado demasiado la balalaika, hay que decirle *ochichornia* “seminarista de los ojos negros”. No es tampoco el tiempo de la nostalgia, el suspiro por los duros, el lagrimeo por lo que se pudo. Estaríamos perdidos, más aún que los burgueses, si quisiéramos detener la historia en las ruinas de los totalitarismos periclitados. El tiempo no perdona las imbecilidades y en su corazón, como en la corona de los reyes, se encuentra la gema verde del demonio, el veneno que destruirá toda obra humana.

Entonces para qué te escribo si todo está perdido, si sólo hay vacantes en la civilización para tareas respetables y desmontables como ecologista, inquisidor de los derechos humanos, protector de animales, escritor *light*, católico *aggiornado*, ex izquierdista vergonzante, demócrata de tiempo completo, *yonki* de jeringuilla gregaria, erotómano de plástico, nazi de la Portales, derechista usurocrático, vampiro de las finanzas, exégeta de la libertad de mercado, variopinto amorfo, teórico camaleónico, neogüelfo de las iglesias humanitarias, amansalocos psicoanalizable, entrenador de minusválidos, dirigente de babositos, lector de la tabla ouija, onanista de papel periódico etc., etc. Vacantes para las que ni tú ni yo “llenamos el perfil”, como

ahora se dice. Mas si eso es lo que ofrece el mundo, nosotros, una vez más hemos de tener el coraje para decir ¡no!, como tantas veces lo has hecho. No creemos en sus plazas de trabajo, en sus perfiles, en sus etiquetas, en sus salvaciones ni mucho menos en su civilización.

¿Qué nos queda entonces? Asumir la actitud del *anarca* a partir de las reflexiones de Ernst Jünger: “Si yo fuera anarquista, y nada más, me habrían desenmascarado sin dificultad”. “El anarca puede vivir en solitario; el anarquista es un ser social y tiene que buscar la colaboración de otros camaradas”. “La historia universal se mueve mediante la anarquía. En suma: el hombre libre es anárquico, el anarquista no”. “El anarquista es el antagonista del monarca. Sueña con aniquilarlo. Se dirige contra la persona, pero consolida la sucesión. El sufijo *ismo* tiene una función restrictiva. Acentúa la voluntad a costa de la esencia”. “La contrapartida positiva del anarquista es el anarca. El anarca no es el antagonista del monarca, sino su polo contrario, algo a lo que el poder del monarca no llega, aunque también es peligroso. No es el adversario del monarca, sino su correspondencia”. “El monarca quiere dominar a muchos, mejor aún, a todos. El anarca sólo a sí mismo”. Esto de ser *anarca*, como puedes advertir, no depende de ninguna cartilla *scout* ni de un manual de dialéctica ni de lecciones sobre las modalidades de la usura. Se trata de erigir dentro de sí una alcazaba inexpugnable, en donde nos haya tocado en suerte actuar, aun si fuera este escenario el centro mismo de la civilización sin alma. Julius Evola, quien forjó una saga heroica con actos continuos de voluntad, hablada de “cabalgar el tigre”, de estar sobre la edad, sujetándola, sin que el tigre rugiente pueda devorarnos. Hoy más que nunca

la respuesta es personal, los colectivos han pasado a la historia, a menos que la civilización se fracture y emerjamos los *anarcas* desde las catacumbas, o bien, desde los palacios ya que “el hábito no hace al monje”. Ahora que han muerto los jefes no tenemos que dar cuentas a nadie, más que al principio de una voluntad y de un código de honor: el que conocimos cuando levantamos las banderas, cuando nuestros puñales cruzaron el aliento detenido de una lucha noble sin dar ni pedir cuartel.

Como verás, hermano desconocido, querido réprobo, necesarísimo enemigo, amigo entrañable, mi carta no da soluciones, no es una nueva receta, ni un tónico de bacalao. Quise tan sólo reconocerte en las tinieblas, saber si sigues ahí, de pie, que no te has abatido, que no depondrás tu fe en una causa por la que valga la pena vivir y morir. Mas ha llegado la época de reencontrarse en la propia fuerza espiritual, en la energía interior, en la tensión de la voluntad y del Vacío, en una posición *metapolítica*. Este será el terreno de nuestro reencuentro, cuando han pasado los años briosos de militancia, de la guerra de posiciones, del entusiasmo soreliano, aquellos años inolvidables, en que los dos fuimos jóvenes, cada uno en su trinchera. Tendrá así que surgir una nueva izquierda y una nueva derecha, con un mismo fundamento: *el derecho a la diferencia*; pero ambas tendrán que confrontar al enemigo común, el mundo antiheroico burgués de la falsa tolerancia; la galaxia McDonald’s de los fiambres sintéticos. En ese momento nos volveremos a ver las caras, y podremos discutir con camaradería. No olvides nunca que nuestro combate no ha sido inútil y que ahora nos toca ver por encima de los escombros, más allá del horizonte histórico, en el País de los Castillos donde los

caballeros pulen sus armas y levantan sus estandartes, allí, nuestras miradas volverán a cruzarse para no verse más, en una carga en que compartiremos la última trinchera.

2

REVOLUCIÓN CULTURAL Y CONQUISTA DEL PODER

El tema del que me ocupo es uno de los principios estratégicos fundamentales de toda acción verdaderamente metapolítica, y en realidad, el poder responder a la relación entre poder cultural y político es en esencia, el plantear una revolución contra el sentido pervertido del consenso y de la “mayoría silenciosa” de la democracia inorgánica. En términos concretos, la fase que vivimos, el actual ciclo de la civilización, y en un sentido más amplio, de su densidad neomaterialista en la que habitamos, aún siendo opuestos a su lógica de dominio, hace impensable -en una forma inmediateista-, el que una propuesta alternativa pudiera vertebrarse en Hispanoamérica y conquistar el poder. Nuestro propósito, entonces, no está en el ámbito del demonio de la política ni es el sentido de la ambición el que éste se rinda a nuestro conjuro¹.

1 En referencia a la lucha política, debe aclararse que no se rechaza como vía de realización heroica, sin embargo, se debe ser cauto en cuanto los discursos que en Iberoamérica rompen con un neoliberalismo practicante del genocidio social, toda vez que su referencia no sea una concepción del mundo fundada en el espíritu de compromiso, el mito y la causa, y sí una subordinación a elevar “índices abstractos y macroeconómicos de bienestar”, número de frigoríficos, televisores o computadoras. De cualquier forma, el vacío que se formó por el desplome del esquema colonialista representado por el neoliberalismo da entrada a nuevas fuerzas y personajes históricos, lo que es esperanzador, toda vez que como indica Evola, “se ataque en el momento justo para fulminar al enemigo”.

No se piensa en función pragmática, ni mucho menos, en los residuos folkloristas de una parafernalia desgastada e irremediabilmente infantilista, que se convierte en una caricatura delirante y patética de los escombros de la historia europea. No jugamos a los *skinheads* descerebralizados ni a airear en la taberna las oriflamas carcomidas por la polilla. Rechazamos el mundo de las catacumbas en que se pretende condenarnos por ser abiertamente partidarios del **pensamiento políticamente incorrecto**, sosteniendo el derecho de los pueblos y el principio diferenciador de las culturas. Este es el desafío: inventar una modernidad iberoamericana, que teniendo como soporte un inconsciente colectivo **bárbaro** y no occidental, ni hispanista, ni contrarreformista, ni tridentino, nos permita expresar el genio de la raza y el modelo de una civilización propia en lucha contra cualquier forma de etnocentrismo y de fundamentalismo.

Por ello se deben deslindar los campos: rechazar el hispanismo rancio de alpargatas como su sombra el neoindigenismo segregacionista, basando en una vía solar y sagrada la revitalización de Iberoamérica: ni güelfos chupacirios ni nostálgicos de una civilización periclitada, para tener, así, una carga de profundidad contra el sentido prevaleciente cuantitativo y hedónico en una situación cada vez más degradada de neocolonialismo.

De ahí que nuestro deber es, ante todo, un compromiso con los valores culturales y el sentido de los valores -tal como lo dice Gramsci-, las posiciones más importantes entonces son aquellas que permiten un replanteamiento de los fines de la sociedad, según el esquema liberal que requiere en su neutralidad ideológica, el justificar proyectos

divergentes de sociedad, aun aquellos que la identifiquen como el enemigo, en la medida en que esta forma de organización social no soporta la idea de tener un enemigo. Ante el eclipse del comunismo al que me he referido en mi **Carta a un marxista decepcionado** (Alebrije, México, 1992), se debe tener el coraje para reemplazar los valores burgueses desde una perspectiva revolucionaria, en un sentido diametralmente opuesto a la revolución marxista y al pacifismo ciudadano socialdemócrata.

Por ello es que se debe proceder con profundidad e inteligencia. La lucha real que se sostiene en el frente metapolítico, en la medida en que no se tiene ningún compromiso con el mundo del establecimiento y sus derivados políticos, consiste en proyectar un orden de valores que opere internamente en el individuo, por una revolución espiritual silenciosa, que tenga como principio la transmutación de los valores para que a partir de un cambio de mentalidad o *metanoia*, se manifieste en genuina **voluntad de poder** en el mundo de la cultura, que sea el substrato indispensable para que, en su momento, las condiciones estén dadas para un cambio cualitativo o anagógico. Se debe de combatir en el orden de la axiología, y para ello es necesario replantear la emancipación espiritual de Iberoamérica.

Por principio conviene aclarar que una revolución cultural como la que aquí se plantea no tiene relación con los antecedentes totalitarios como el maoísmo o el nacionalsocialismo que ya abordó con su originalidad característica Franco Giorgio Freda. Se requiere tomar en consideración que la propia expresión “conquista del poder” tan cara a Ramiro Ledesma y su vía anarcosindicalista-

tercerista, de las Juntas de Ofensiva Nacionalindicalistas, al propio Lenin como inspirador de la lectura nacional del marxismo, de acuerdo a la interpretación que Ernesto Giménez Caballero (Gecé), el genial vanguardista español, hiciera del revolucionario ruso como predecesor de los fascismos, en cuanto construcciones nacionales del socialismo, interpretación que sigue irritando tanto a la derecha del centrismo blando como a una izquierda amaestrada que se sigue sirviendo de esquemas tan agotados como estimar que el fascismo es necesariamente la expresión del gran capital, o bien, referirse a que el dominio electrónico de la civilización, el mundo atomizador, horizontalista y narcisista del **ciberespacio** es un **electrofascismo**, como señala el anfibio otanESCO y ex izquierdista Abel Posse. Ya que el verdadero combate ha trascendido las categorías habituales del “nacionalismo”, del “fascismo”, del “nacional-comunismo” e, incluso, de lo que se ha calificado como “disidencia transversal”, que apuesta por la unión de los extremos contra el mundo burgués. En nada ayuda la comprensión de un nuevo planteamiento -al asalto de la Razón Ilustrada- el tratar de revolucionar, de revolver, para reencontrar las raíces, si no se es capaz de alejarse del mundo de lo politizante para acceder al polemológico. Para ello, es necesario que el hombre pierda soporte, que tenga lacerante conciencia de su estar nihilístico, que se desespere y que pretenda dentro de sí un mundo distinto al de las ruinas. El poder nihilificante del neomaterialismo es una alternativa para reencontrar al hombre creyente, al comprometido, al que lucha por un orden que esté más allá del bienestar, de las cifras del principio del placer.

Al contrario que el fascismo, vemos en el Estado, no la

última y absoluta expresión de lo político o del “alma del alma”. La disolución del Estado en su actual etapa mercantilista y entrópica es necesaria para que se ahonde el vacío de valores, y con él, la necesidad de nuevas creencias. La estatolatría -del Estado totalitario al Estado-Providencia- como el Micro-Estado, -propio del neoliberalismo- son formas desmontables, y no agotan en ellas la expresión de lo político que se da en el riesgo, el conflicto, la aventura y la decisión, y que actualmente se perfila como un Estado Mundialista dominado por la técnica y la usura, practicante del etnocidio y de la censura cool. El desplome del Estado-Nacional en un mundo globalizado e interdependiente con bloques geoestratégicos y una nueva correlación de fuerzas que comprende la irrupción de China como la potencia mundial emergente en el siglo XXI, hace ya innecesaria la expresión “conquista del poder”, si ésta no se enuncia como “conquista del poder cultural”, mítico, simbólico, ancestral de nuestro pueblo iberoamericano.

Esta conquista requiere de un doble rompimiento, por una parte, con la versión occidentalizada de un progreso “revolucionario” en Hispanoamérica que pasa de la independencia por la imitación de la revolución francesa y anglosajona, a la actual dinámica de un economicismo neocolonialista. Y complementariamente a una ruptura con el sentido fundamentalista de un hispanismo obsolecente, vertical y galileo, que expresa el *pathos*, según el cual somos “los cachorros sueltos del león español” en la expresión insuperable de Rubén Darío. Mas no somos ni la prolongación artificial del romanticismo francés ni la extensión del fundamentalismo hispánico y contrarreformista que ha sido aplastado por la civilización

moderna. Somos otro ser. ¿Quién?...

Se hace necesario partir de una revolución interna que nos permita comulgar con el sentido no-occidental y precolombino del mundo. Mas se hace adecuado un deslinde: no se propone un reduccionismo neoindigenista que niegue a España, en función de los vestigios de las grandes culturas no occidentales, puesto que éstas no tienen la suficiente vitalidad, ya no se diga para orientar el rumbo histórico de Hispanoamérica, sino para articular su resistencia en un paradójico movimiento de suicidio colectivo por la adopción del occidentalismo más extremo: el posmarxismo, la teología de la liberación, el psicoanálisis, el feminismo, esto es, las formas nihilísticas de la irreparable decadencia de Occidente. Mas para que efectivamente esté Iberoamérica contra Occidente, como ha señalado el neoescolástico Alberto Buela, desde una perspectiva cristiana -lo que es un contrasentido, ya que nos hace subsidiarios del colonialismo hispanista- antes es necesario que Iberoamérica pueda definir su propia alma, no como un reflejo de la metrópoli contrarreformista convertida hoy en el supermercado **európido** de España, sino como un proyecto histórico y cultural, propio y diferenciado, profundamente **bárbaro** e irreducible a las fórmulas finalistas del “consumo”, del “progreso”, del “igualitarismo” que son más que la secularización extrema de los valores judeocristianos cosificados tal como explica el profesor hebreo J.L. Talmon en **Los orígenes de la democracia totalitaria**. Nuestra redención no puede provenir del horizonte levítico ya agotado en sus formas nihilísticas en la civilización planetaria del consumo, “cristiana” y hedónica simultáneamente, ni en las ideas surgidas de Europa para

resolver los problemas específicos de su cultura, lo que nos alerta sobre un pretendido “nacionalismo” que señala Jorge Cuesta como una idea europea “contra Europa”.

Hay tres problemas fundamentales: La conquista del poder es el dominio del sentido de la interpretación de la realidad, y la revitalización del *ethos* neopagano, religioso-solar, ascendente, de las grandes diosas madre como la Virgen de Guadalupe, Santa María Tonantzín, “Emperatriz de América” que expresa una forma de religiosidad propia, que reafirma valores sincréticos, opuestos al neocapitalismo, y que en este sentido, no tiene nada que ver con una religión independiente o iglesia nacional como plantea Eduardo Pinzani en un interesante texto. En segundo plano, está la conquista del poder cultural fuera de los circuitos de dominio **sistémico**, de la **policía del pensamiento** y de la **inquisición democrática**, afirmando los principios de la **barbarie**, de los instintos poderosos y de la **voluntad de poder** en función de una trasmutación de los valores que salte del nihilismo al heroísmo, de la negación a la afirmación, de la nada a la creencia y cuyo centro sea el propio hombre. Tercero, una diferenciación cultural militante, que nos defina como un **gran espacio geopolítico** con una vocación y destino propio, en que España sólo manifiesta la plenitud de la decadencia judeocristiana transformada en mercado, y que nada significa ya para nosotros, sino el polo opuesto del verdadero ser, como tampoco podemos encontrar en las ruinas de orígenes identificados con la “moral de esclavos”, en que se distorsiona, el sentido solar y heroico “no-occidental” con un fundamentalismo neoindigenista “aggiornado”, partidario vergonzante del racismo *brown*.

Alain de Benoist con su lucidez característica ha puesto

en el debate el hecho incontrovertible de que en las sociedades posindustriales una “mayoría política” es resultado de un cambio cultural como soporte y antecedente de un cambio político. Mas hay que considerar que actualmente las mayorías, de la índole que sean, están demasiado cansadas para que sea posible impulsar una transformación en un sentido cualitativo, se conforman puramente con los falsos cambios que se producen dentro del espectro de la sociedad neoliberal. Se ha llegado a una **situación límite** en que incluso si se realizara en una sociedad, ya permeada por los valores mercantilistas, una transformación del sentido cultural, ésta no podría ir más allá de los estándares del bienestar. En el momento mismo en que se exigiera a esa sociedad el sacrificio, el ascetismo, la purificación de la voluntad, una mística de combate y victoria con medidas concretas sobre su estilo de vida, la mayoría intelectual como base del consenso político se desmoronaría y con ella cualquier posibilidad de revertir su acelerado hundimiento.

Ello no significa que debemos soslayar la **revolución cultural**, pues éste es el frente verdadero de nuestra batalla. Sólo pondré dos ejemplos que afectan a México, al que cada vez se presiona más en todos los campos de la economía a la política, para que se homologue y subordine con la occidentalización planetaria. Uno es la aplicación de la propuesta 227 hecha en California, que prohíbe la enseñanza bilingüe del castellano y del inglés y decreta, por la imposición del 61 por ciento del electorado, el dominio único del inglés. La medida, con sus repercusiones sociales en el aumento de la marginación de los chicanos, hispanos o méxico-norteamericanos, potencia también el **racismo**

asimilacionista que no puede soportar la existencia de la diferencia y del Otro. Se procede así de manera expedita a la consumación del proyecto de producir generaciones de yanquis con piel cobriza, que entre paréntesis son los peores enemigos de México y de lo hispánico, pues son anglosajones de segunda que se proponen adoptar parasitariamente y por un proceso mimético, una nueva personalidad de la que carecen, como explica Otto Weininger. Otra medida en la misma lógica de la **guerra cultural** es la asignación de recursos de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo (USAID), por once millones de dólares, de los cuales el 20 por ciento se destinará a la superlativa inutilidad del Congreso, con el propósito de fomentar el *american way of life* en la sociedad mexicana y con él, el modelo político de una “democracia vibrante”.

Este proceso de convertir la civilización mexicana en norteamericana que señala el teórico trilateralista Samuel Huntington en el “choque de las civilizaciones”, no sopesa el bagaje mítico y el sentido simbólico de la cultura mexicana e iberoamericana. Ciertamente estas medidas, en un sentido más profundo que la superficialidad política, son mucho más peligrosas que la abierta intromisión estadounidense, ya que afectan el centro mismo del alma y se proponen su destrucción, el despojar del alma a la raza, para que no haya ningún tipo de resistencia frente al imperialismo.

Por ello, sin perder de vista que el frente de combate se libra en una guerra de posiciones, en una guerra cultural, con resistencia partisana y de francotiradores, las condiciones de existencia que tienden a la privatización y al hiperindividualismo hacen cada vez menos viable una articulación de fuerzas colectiva. Nadie soporta la jerarquía

ni el mando ni la obediencia, hay quien busca entretenerse con radicalismos de divertimento y ociosidades del Club de Toby, al tiempo que se presenta una degradación de la resistencia de las nuevas generaciones que se muestran más renuentes a la disciplina y a los ejercicios viriles. La lucha política minoritaria se ha vuelto también la pequeña política del espectáculo, de la trivialidad y de la cretinización beligerante. Ello no es óbice para continuar en un frente común con quien valga la pena, sólo con los pocos y escogidos que siempre valen la pena. En este sentido, el frente de resistencia se va estrechando centrándose cada vez más en el hombre concreto, en su estilo de vida, en su concepción del mundo, en el actuar y querer que lo distingan y lo singularicen. Cada vez más la **revolución cultural** es sobre todo una empresa personal e intransferible, una misión única a la que se debe abocar quien se atreva a pensar y vivir por cuenta propia y en desafío a los paradigmas imperantes. La salvación provendrá de la capacidad de resistencia de cada uno, de su labor solitaria y silenciosa, de su poder de concentración y de su fuerza interna. No hay lugar para los colectivos. La propuesta es afirmar una verdad irreductible en todos los frentes de la vida diaria, especialmente en los que significan compromiso y toma de postura. La **guerra cultural** principia por una generación interna y por una activación de la **barbarie** en la vida personal. Posteriormente a este cambio se va perfilando una **escuela de pensamiento** o una **brigada de asalto** que recupere el sentido vivo del mito, de las raíces y de lo sagrado. Mas antes es necesario que emerja dentro de sí el cambio cualitativo. En un mundo sometido a la dictadura del **pensamiento único** hay que disentir con las razones que sólo puede explicar el corazón,

en ello consiste la revolución cultural de la minoría para que ésta pueda conservarse como selecta. Nos empeñamos en la conquista del propio espíritu cuya difícil tarea es afirmar una manera de ser ante el mundo. En ello estriba la posibilidad de que se articulen propósitos y voluntades, pues anterior al cambio del sentido gramsciano está el cambio del ser dentro de uno mismo. Este es el heroísmo de la vida ordinaria al que se refiere Ernesto Che Guevara. Hoy lo asumimos como el estilo de un combate que siempre tendrá frente a sí dos, tres o más enemigos. Definimos, así, la alternativa frente al sistema.

3

CULTURA ALTERNATIVA Y METAPOLÍTICA

El referirse a una forma de “cultura alternativa” y a una “vía metapolítica” pudiera parecer una ingenuidad en un mundo dominado planetariamente por los modelos neocoloniales de la “americanósfera” y de la hegemonía parlamentaria o partidocrática emanada del demoliberalismo.

Mas trataré de ir definiendo qué se entiende por cultura, por qué ésta ha de ser alternativa en un universo de trituración de la identidad nacional, cultural, política e ideológica, y a qué se refiere la “metapolítica”, cuando predomina la inmediatez clientelar por convertir al hombre en un voto, y a su existencia en una urna, desde donde delega en un papelito cuál es el destino de su comunidad.

La bipolaridad ideológica que vivimos durante la llamada “guerra fría” estableció un “equilibrio de terror” entre dos versiones de un mismo materialismo: el dialéctico, marxista, que se plasmó históricamente en el campo concentracionario del “Gulag”, y el neoliberal del mercado salvaje, que pretendidamente triunfó sobre su rival, al no poder emular el complejo-militar soviético la competencia de la “guerra de las galaxias” impulsada por la “revolución conservadora” de Ronald Reagan.

Al desplome del materialismo marxista por implosión,

acumulación de sus contradicciones internas y desmembración de la voluntad de poder eslava, inficcionada por la *nomeklatura* comunista, el alma rusa sufre no sólo la caída de un sistema carcelario que garantizaba un bienestar mínimo pero seguro para la población; sobreviene una crisis de autoridad política, la pérdida del rumbo de lo que en la tradición eslavófila se llamó la III Roma, esto es, Rusia como heredera de Roma y de Bizancio, y el arrasamiento de su poderío militar, económico, industrial y geopolítico.

Frente a la ex URSS desmembrada se yergue al parecer triunfante e imbatible, absoluto e inmortal, el poder unipolar del demoliberalismo en la política mediante la “diosa democracia”, y en la economía por el “monoteísmo de mercado”.

Mas cuáles son los resultados culturales de estos cambios políticos que dominan el final del II milenio cristiano: se produce un paroxismo delirante, que tiene como expresión los paradigmas que define Francis Fukuyama, teórico de la Rand Corporation, la fábrica de cerebros de los Servicios de Inteligencia norteamericana y que se expresan en el narcisístico mundo undimimensional del consumo, de acuerdo al cual, ya no habrá quien pueda enfrentarse al dominio mundialista de la democracia y del mercado, pues éstos son hegemónicos, y sólo sobrevendrán guerras regionales menores, conflictos de baja intensidad y una resistencia perniciosa para los nuevos poderes protagonizada por el Islam.

Sin embargo, este triunfalismo no convencerá a los estrategas de la “americanósfera”, esto es, el conjunto de fuerzas, que nace del puritanismo anglosajón con raíces

bíblicas, para el cual Estados Unidos es el heredero del pueblo de Israel como “raza elegida” para manifestar el decálogo democrático, que se interpreta como el “destino manifiesto” de Norteamérica, y de ahí el control de todas las variantes culturales del mundo, particularmente de la juventud, a través de la mediatización, la estandarización de valores, la sociedad hedónica y utilitaria, el neoprimitivismo y la decadencia bronceada del consumo.

Por ello emergerá como campeón el teórico de la Comisión trilateral creada por David Rockefeller, Samuel Huntington, quien en su libro **El choque de las civilizaciones**, advierte que el dominio de la democracia y el mercado está amenazado por la colisión de culturas, el enfrentamiento entre concepciones del mundo y la diferenciación cultural. Huntington sostiene que existen bloques de sentido o de valores, o grandes civilizaciones a saber: la occidental o judeo-cristiana -en que integra a Estados Unidos, a Europa y a Iberoamérica-; la budista -con que identifica a Japón-; la confuciana, la hinduista y la islámica, entre las que más le preocupan.

Fukuyama y Huntington no son pensadores independientes, obedecen a los intereses estratégicos de la conservación del predominio de la “americanósfera”.

Mas si el error de Fukuyama, ese híbrido yanqui-nipónico, fue desechar el conflicto y afirmar una *pax* del mercado internacional, Huntington, refiriéndose al pensador alemán Oswald Spengler en su obra **La decadencia de Occidente** (por cierto traducida al castellano por José Ortega y Gasset y al italiano por Julius Evola), asevera que ese montaje de Occidente, en que la locomotora es Estados Unidos, los

vagones los “európidos”, la OTAN y la propia Unión Europea, y los trenes traseros las colonias tropicales hispanoamericanas, que se debe estar en vigilia constante pues aún existen, ¡quién lo creyera!, aquellos que no nos sometemos a las nuevas reglas de la historia como tampoco lo hicimos con la “rueda de la historia marxista” que sólo aplastó los monumentos de Marx y de Engels como de sus epígonos históricos.

Se establece, así, una forma sutil e inédita de totalitarismo. Luego del hundimiento por las armas del totalitarismo fascista y de su credo: “Creer, obedecer, combatir”, posterior al eclipse sin gloria del totalitarismo comunista muerto de gangrenamiento burocrático. Se levanta una forma de “pensamiento único” y se perfila “lo políticamente correcto”.

Resulta paradójico, como lo señala un pensador francés en el **Angelismo exterminador**, que en la época del predominio universalista de la libertad es cuando se entra a la verdadera dictadura orwelliana, en que los media señalan: quien es el enemigo, cual es la verdad histórica, en que debemos creer, quienes son “intrínsecamente perversos” a falta de comunistas que alcen desafiantes la bandera roja del proletariado.

Esta dominación mediática corresponde al neocolonialismo y a una forma de cultura emasculada, pasteurizada, antirrábica, pacifista, pseudohumanitaria, melodramática, que lleva a la juventud a la desmovilización de las causas políticas; a los grupos civiles a los particularismos y separatismos regionalistas; a las naciones a formas de tribalismo latente en los bloques de interés que

buscan desde sus asociaciones, ya que desconfían de los partidos políticos, luchar por sus intereses inmediatos, en fin, al término de toda empresa histórica común, lo que se manifiesta en presentar al nacionalismo como xenofobia o racismo, a las diferencias culturales que se degradan al folklor, las artesanías y el “turismo revolucionario” que ya hemos padecido en México.

Por otra parte, el desarrollo tecnológico, en que la técnica, -la inventiva-, se desprende más de la poesía, -la creación-, se construye el valladar infranqueable del hiperindividualismo a través del ciberespacio. Se cancela la realidad y ésta se transforma en virtual. Sexo virtual, guerrilla virtual, proclamas virtuales, al punto que el *homo economicus* democrático se va despeñando a la democracia virtual, es decir, a la representación de una orientación desustancializada de política, para la que sólo existen los índices de bienestar y la macroeconomía.

Qué hacer con las causas, los compromisos, los ideales, armarlos, descalificarlos, identificarlos con el fanatismo, el anacronismo y la existencia de un mundo que creía en ideas, el cual, afortunadamente ha sido extirpado virtualmente desde la pantalla reluciente que determina lo “real” y desecha todo lo demás como “inservible”.

Por ello existe la necesidad de referirse a tres formas de cultura predominantes, de donde emerge la cultura alternativa y la metapolítica.

La cultura de la ilustración, consagrada por el iluminismo, que se transmite por medio de los conocimientos y de la lectura. Entra en una crisis definitiva. La Diosa Razón ha enloquecido y no puede escapar de la camisa de fuerza que

le impone el dominio mediático y “electrocéntrico” de las conciencias. El libro pasa a un término muy secundario en la formación de la cultura contemporánea.

Cada vez se vuelve más el libro un arma del disidente solitario, en términos de Jünger del “anarca” -que no del anarquista- que habita el santuario del bosque, aunque viva en el centro mismo de la ciudad podrida. Se aproxima por medios no flamígeros el **Fahrenheit 451**, o por actos de una nueva Inquisición democrática que establece “delitos de opinión” en el seno de las llamadas “democracias avanzadas”. Uno ya no es disidente, uno es un delincuente. Se vuelven a quemar libros como en las peores épocas del oscurantismo y del totalitarismo, mas en aras de mantener impoluta e incontaminada, virginal y prístina, la delicada conciencia del ciudadano burgués.

A la cultura de la ilustración se unía la cultura de la imagen. Esta es la que predomina en la mercadotecnia, los políticos se compran y se venden; aun el *glamour* más pedestre puede mercadearse. Lo importante no son las ideas: son las bragas de un anuncio en el periférico, los músculos prefabricados en la descerebralización deliberada, el poseer sobre el ser, el identificarse con características totémicas mediante la adquisición de medios materiales “intrépidos”, “místicos”, “altísimos”.

Mas la cultura de la imagen libra una más resuelta resistencia que la de la Ilustración mediante la fantasía heroica, el retorno de gestas de la Caballería, el universo de la magia, del héroe, del místico, del hechicero, de la bruja y del hada. Mas hay que asentar que hay escritores, como es mi caso, que libramos una lucha de trincheras por la

supervivencia de la imaginación, el compromiso y la creatividad a través de los signos que animan nuestra sangre.

Llego, por fin, al centro de esta propuesta: la cultura del gesto y del estilo, la cultura alternativa. ¿En qué consiste? No en un censo sobre las lecturas realizadas, por lo general, sumamente deprimente. Se leen los *bestsellers*, pero nadie a los clásicos, ni al Siglo de Oro, ni siquiera a Dostoyevski, Stendhal o Vasconcelos.

Se trata de que las ideas que se tengan, las ideas medulares sobre la existencia, el sentido propio de la vida encarne en ella y se manifieste como la última verdad, la irreductible a los asaltos de los poderes mediáticos y gregarios.

“El estilo es el hombre”. Una cultura que no define un estilo de vida, que oscila entre el neomaterialismo, el hedonismo. El deslizamiento permanente del criterio conduce irremediabilmente a lo que Braudillard ha calificado como la “indiferencia radical”. El reino de los muertos vivientes galvanizados por la ganancia, la posición, la utilidad y el cálculo. El desarme de las ideas. El pacifismo de los ilotas. De ahí la necesidad de construir interiormente una forma de ser, una tensión interior, una definición entre nuestro ser y el mundo externo.

Se requiere construir el castillo de los sueños, pues desde Calderón de la Barca sabemos que la “vida es sueños y los sueños, sueños son”. Mas tenemos que ser capaces de crear un sueño, perfilarlo, trazarlo a cincel sobre nuestra alma y encarnar la verdad propia de la estirpe, de la herencia, de la cultura y de la Tradición.

Esta es la cultura del estilo que se define en divisas como

“nobleza obliga”, “nobleza calla”, “la fidelidad es más fuerte que el fuego”, y todo para “mantenerse en pie en un mundo de ruinas”, de tal manera que como indica Evola, “lo que no podemos cambiar, no debe tener la fuerza para dañarnos”. Al término de la era de las masas, en el crisol de la época del individualismo narcisístico, el camino, la vía, el *do* es personal.

Por otra parte, la cultura alternativa en un pueblo estriba en un reencuentro con sus raíces, y en esa dimensión, adquiere la connotación de una rebelión contra la civilización posmoderna y desmontable, para afirmarse como el destino y la exigencia de un linaje.

La cultura alternativa lleva a la metapolítica, ¿y qué es la metapolítica? El conjunto de principios de la conducción de las sociedades que está por encima de los intereses de los partidos y que no tiene como objeto la conquista del poder material.

La metapolítica es una lucha por el dominio de los valores, los que entiende Gramsci como “el sentido común de la sociedad”. De ahí que sea necesariamente metapolítico todo combate que sobrepase la egolatría tripuda de los profesionales de los posicionamientos como la abulia suicida de una juventud amorfa inoculada por la usura y la “americanósfera”.

Por ello no se pueden dar recetas para colectivos. Se trata de una obra personal, que no individualista, en que como señalan San Pablo de Tarso y Séneca debemos hacer nacer “el hombre nuevo” para abandonar al “viejo”. Esta es una revolución silenciosa del sentido de la propia existencia.

Cuando la metapolítica se une al inconsciente colectivo de una comunidad, entonces, hay una fuerza que recorre todo el cuerpo social, un poder transfigurador que hace cumplir el destino superior, la misión intransferible, la ética exigente de una minoría que llena su alma con su pueblo y desafía las verdades impuestas por el aparato neocolonial planetario.

“Llega a ser lo que eres”, dice Píndaro y “sé un anhelo de flecha”, afirma Nietzsche. Sé “flor y canto” y entona “cantos de guerra”, asevera la tradición azteca. Sé el “Águila de Septentrión”, canta Sor Juana.

En las raíces no occidentales, “bárbaras” en el sentido de los valores que son un para sí, está la respuesta a la creación de una cultura alternativa en México y en Iberoamérica. La afirmación de la diferencia irreductible del alma indohispánica de México es la vía para transitar a una revuelta metapolítica contra una modernidad ficticia para así poder reivindicar nuestra diferencia espiritual en el mundo.

4

POR UNA VÍA IBEROAMERICANA

La cultura es el campo de combate definitivo en los umbrales del Tercer Milenio, de ahí que se deba proceder a una profunda revisión de los principios en que se asienta la civilización iberoamericana. Ésta, para definir su propio destino, debe desligarse de la herencia iluminística-racionalista que ha conducido a occidente a ser el virus más deletéreo para las otras culturas, por su dominio de la materia y de la técnica.

La Gran Patria Iberoamericana debe reafirmar el sentido diferencialista de los valores, que no es necesariamente su relativización en la cultura imagocéntrica, donde ya no cuenta el estilo de vida, sino el efecto de la realidad virtual.

Por ello, es fundamental que se rechace tanto la visión zoologista de un tipo de racismo neoindigenista excluyente, que trata de suprimir lo hispánico, como hacer de la herencia española la derivación fatal de una Iberoamérica tridentina, conservatista, cuyo sentido sería continuar epigonalmente la lucha que perdiera España y su Contrarreforma. Ya que es evidente que el “sentido colectivo” y la “formación de los valores” están determinados por el criterio de la modernidad de los países protestantes, que han sido impulsores de la democracia y del mercado.

¿Qué se requiere entonces para conformar una presencia alternativa de la cultura iberoamericana en el proceso de la

globalización? La resistencia a ultranza contra los valores universalistas no pueden crear “reservaciones del sentido”, como último refugio de un mundo autárquico e insostenible. Hay que dar un nuevo valor a la globalización, que si bien admita los circuitos comerciales y los avances tecnológicos, preserve el sentido profundo de la identidad iberoamericana, que se resuelve como un enfrentamiento axiológico en relación al “nuevo orden mundial”, al poder unipolar de la dictadura bienpensante y de lo “políticamente correcto”.

Por ello, se debe revitalizar el valor de la **barbarie**, como el principio de una diferencia esencial respecto a los patrones culturales de una España que ha traicionado su destino histórico y que es actualmente el modelo de la sumisión mundialista de los pueblos que nos expresamos en castellano. La **barbarie** entendida ésta como un valor que es un para sí, que no requiere de una justificación humanitaria y que abre el camino a un conjunto de principios guerreros y solares.

En este sentido, Iberoamérica ha de encontrar en las raíces preoccidentales un impulso definitivo de la ruptura respecto a los principios de la metrópoli española que es el centro de irradiación de la decadencia y del neomaterialismo. Las sociedades horizontales, cuantitativas, invertebradas que dominan el actual ciclo de la civilización han de tener una respuesta en un mundo, que reducido a ruinas por el monoteísmo cristiano, conserva los ritos de los antiguos dioses que se han ocultado, o que se manifiestan por el sincretismo religioso como el culto imperial de la Virgen de Guadalupe, Virgen Apocalíptica y Solar, cuya imagen es la representación de un inconsciente colectivo que rechaza a la modernidad burguesa y a la posmodernidad de la técnica

sin alma.

Por ello es esencial no claudicar en la lucha cultural, creyendo que el aparato del “pensamiento único” es todopoderoso e invencible. Ciertamente nunca antes se había vivido en condiciones de sumisión como en esta hora paradójica de la falsa libertad democrática. Nunca antes el hombre había admitido una forma única de organización social que sataniza todas las otras y que rechaza la diferencia cultural de los pueblos.

El neoliberalismo es la forma de penetración del neocolonialismo. Una forma de esclavitud que se da por el trastocamiento de los valores, la supresión de la originalidad de los pueblos y la estandarización marcada por el *big brother*. Esta forma de totalitarismo blando es más peligrosa que los totalitarismos políticos que han periclitado en el siglo XX, para dar lugar a un mundo de “seres semejantes, que piensan y quieren lo mismo”, tal como advierte Tocqueville sobre la democracia americana.

De ahí la necesidad impostergable de una labor de reconquista del espíritu vencido por la falta de convicción, el valor del sacrificio, la exaltación del riesgo y de la aventura y la congruencia entre la existencia y el pensamiento, la pluma y la espada, el verbo y la acción.

La definición de la cultura alternativa iberoamericana debe darse en la dialéctica del amigo y del enemigo. Los amigos -en términos de Carl Schmitt- son los pueblos de nuestra raza, lengua, tradición, historia y aquellos como los pueblos eslavos, la emergente potencia mundial china, el bloque del Islam en su sentido espiritual genuino, que han sido objeto de la hegemonía imperialista, y que se han atrevido a una

decidida **revuelta contra el mundo moderno.**

El enemigo histórico, racial y ontológico de nuestro destino es la “americanósfera” y su influencia nefasta y destructora en todos los órdenes de la vida colectiva. Estados Unidos es el enemigo de los pueblos que afirman su diferencia por su afán mesiánico, herencia bíblica-levítica, que pretende que todos rindamos de hinojos culto a sus valores particulares y nihilísticos como lo son la mentalidad del éxito, el consumo unidimensional, el mercado y la democracia.

La ofensiva de la “americanósfera” ha triturado el alma de Europa, y en especial de España. Nada podemos esperar de la “Unión európida invertebrada” con sus cláusulas de democratización y de los abstractos derechos humanos. Europa es un territorio invadido, subyugado, incapaz de liberarse por sus propios medios. La **barbarie** debe arrasar Europa, y desmontar el supermercado español con una guerra cultural implacable, que no tenga olvido ni perdón.

Este es el reto de la cultura alternativa iberoamericana. No someterse a los paradigmas de un mundo mercantilizado, para reivindicar el principio de la política sobre la economía, de la cultura diferencialista sobre la dictadura uniforme del “pensamiento único” y de la “policía del pensamiento”. Los recursos para esta aventura espiritual y “metapolítica” son - en la superficie- del todo favorables para el enemigo, ya que domina los centros de creación del sentido, de información manipulada y del criterio teledirigido de los ciudadanos de la urbe democrática, diabolizando toda lucha que se oponga a su designio con las palabras “boomerang” de “fascismo” e “intolerancia”, cuando se erigen por doquier los tribunales

de la nueva Inquisición democrática y sus “delitos de opinión”.

En síntesis: afirmar la **barbarie** como regeneración de la cultura; oponerse a la “americanósfera” y su reduccionismo neomaterialista; formar un frente común con todas las culturas orgánicas y con dimensión de lo sagrado en el mundo. Esta es la revolución del pensamiento y la afirmación rotunda e inajenable de nuestra irreductible diferencia.

5

ONTIVEROS Y EL PENSAMIENTO HELIOCRÁTICO

por José Antonio Hernández García

En el ámbito de la literatura iberoamericana, la obra de José Luis Ontiveros es muy singular, tanto por su temática como por su estilo desafiante y provocador. Aunque ha incursionado indistintamente en el género periodístico, en el ensayo, en el cuento, la novela e, incluso, la poesía no publicada, destaca especialmente en la narrativa. Como hipótesis general, sus narraciones se apegan a lo que Ortega y Gasset definía como ensayo: la verdad desprovista de prueba. Por el contrario, sus ensayos irradian imágenes, metáforas y giros poéticos. El núcleo fundacional de sus ensayos es la épica y la revitalización de una axiología heroica; su narrativa se condensa en lo maravilloso y en la condición fatídica de lo humano así como en la búsqueda de lo sagrado. La literatura es, para Ontiveros, un puente que conduce a lo absoluto o a su sucedáneo terrenal, la locura.

Comparte con Eugenio D'Ors la convicción de que el lenguaje es una revelación y no obedece a un desarrollo socio-psicológico, como sostienen Jacques Lacan y los estructuralistas. El lenguaje narrativo de Ontiveros es poderoso y convincente y participa de la predilección por lo fantástico y numinoso que, llevado a la prosa ensayística, parece más delirante, pero no por ello menos atractivo. Es

un cantor medieval que entronca con el misticismo y la carnalidad de los monjes goliardos; un rapsoda nihilista que gusta aventurarse por los terrenos de lo sagrado y de la alta espiritualidad, resignado al riesgo inapelable de lo efímero. Para algunos es un propagandista de la cultura; para otros, doctrinario de la Tradición. Existe también la propensión a considerarlo como un chamán extrovertido; tampoco falta quien lo aprecie como un diletante exquisito o como un *anarca* provocador. En cualquier caso, es un escritor ante quien no se puede permanecer inmutable.

En su estilo convergen diversas influencias; son indudables las aproximaciones que tiene con la prosa de Borges y de Louis-Ferdinand Céline. Es indispensable anotar que su formación se debe también a numerosos libros de historia que despertaron su interés desde la adolescencia, cuando coexistían en su biblioteca Fray Bernardino de Sahagún, Bernal Díaz del Castillo, Fray Bartolomé de las Casas, Alfonso Junco y las **Cartas de Relación** de Hernán Cortés con las aventuras de Emilio Salgari y la colección completa de la historieta mexicana **La familia Burrón**.

Su inclinación por la historia es más que meramente nostálgica; es una pasión viva pues en su linaje paterno se encuentran protagonistas directos de la guerra cristera en los Altos de Jalisco. Su madre, oriunda de Córdoba, Veracruz, no es solamente un antecedente genético: lo impregnó de un temperamento iracundo, propio de esa zona, de donde seguramente deriva su virulencia verbal y su sentido de coterraneidad con Jorge Cuesta, el único *escritor maldito* en nuestra tradición literaria.

Después de 1985, la huella de Ernst Jünger en su obra es

indeleble. Pero sería excesivo ceñir la dinámica narrativa de un escritor maduro a esos artistas, pues desde su juventud ha mantenido una prosa combativa en la que ha escrutado a los más diversos autores, tanto mexicanos como iberoamericanos en general y europeos.

Sus primeras colaboraciones periodísticas y en revistas revelan una exuberancia expresiva poco común. Muchos de los artículos de su mocedad cobraron la forma de un libro en una compilación que tituló **El cuaderno negro**; allí destaca el contraste entre el apunte breve con el desbordamiento apasionado que dedica a cada autor. Desfilan en su elenco autores tan disímiles como Drieu la Rochelle y José Revueltas, Manuel Maples Arce y Yukio Mishima, José Vasconcelos y Adriano Romualdi, Robert Brasillach y Carlo Mutti, Jorge Cuesta y Giorgio Freda, entre otros. A pesar de no haberse publicado, el libro fue prologado por Rubén Salazar Mallén, de quien también fue amigo cercanísimo y un estudioso sistemático de su obra. Sobre él publicó **Rubén Salazar Mallén, subversión en el subsuelo**; desde su título quiso señalar la doble marginación a la que Salazar Mallén -un escritor y ensayista poco recordado en México- se sometió, tanto en vida como al morir.

En su juventud, Ontiveros pretendió cimentar lo que denomina la Tercera Posición, que consiste en un eje doctrinal equidistante tanto del socialismo real como del capitalismo manchesteriano. Parafraseando a José Revueltas, anotó en el **Ensayo sobre una derecha sin cabeza** la carencia de argumentos de quienes se oponen a la izquierda armados de intereses pero sin ideas; señalaba también la necesidad de tener un mundo de finalidades y no de objetos;

su consigna en esos días fue: “No Lenin. No Coca-Cola”. Por esa misma época compiló también sus observaciones de corte sociológico en otro libro impublished: **Quinto patio**. Conocimos, entonces, su reverencia por los símbolos profanos de la mexicanidad: la XEW, estación radiofónica que desde 1930 se convirtió en columna vertebral de la unidad nacional postrevolucionaria; la Arena Coliseo, cuadrilátero de lucha libre y box donde se libera la energía libidinal y la violencia; los hoteles de paso, catapultas de la grandeza demográfica y de la doble moral; las tortas ahogadas² de Guadalajara, de donde extrae un centro de reflexión nacionalista de la gastronomía y en torno al cual los evolianos de Guadalajara debatían acerca de la miseria existencial; y las cantinas como ágoras seculares, entre otros temas que sucinta pero agudamente observa y desmenuza.

Como ensayista tiene dos libros importantes: la **Apología a la barbarie**, aparecido en 1987, que es una serie de ensayos aparecidos en distintos momentos en torno a Yukio Mishima, Ernst Jünger y Ezra Pound, y que ha sido publicado en México, España y Portugal. De 1992 es **La espada y la gangrena**, un conjunto de misceláneo en donde revisa, con arcanos poéticos, distintos temas y campeon, también, algunos aforismos. En otra compilación, **Apuntes del filibustero**, reúne ensayos con una visión crítica sobre el mundo literario y cultural del México reciente.

Pero es con la publicación en 1986 de **La treta de los signos** cuando emerge como narrador peculiar. Su obra

² Es un bocadillo preparado con pan y carne de puerco bañado en salsa tan picante que, se dice, hace llorar al más valiente.

cuentística se completa con **Cíbola**, aparecido en 1990, la narración. **La maldita obediencia del doctor** -que obtuvo el Premio Juan Vicente Melo- y su más reciente recopilación de cuentos, **El húsar negro**.

Es necesario mencionar sus orígenes y sus empresas narrativas para llegar a su primera novela, **El Hotel de las Cuatro Estaciones** que, a juzgar por las opiniones que se han vertido, ha despertado una de las controversias y discordias más pronunciadas respecto de un autor en los medios mexicanos, en Europa y Sudamérica. El tema es, por sí mismo, polémico: las desazones imaginables e inimaginables en la vida de Rudolf Hess, el lugarteniente de Adolf Hitler, quien murió en circunstancias extrañas en la prisión de Spandau. Si el tema puede parecer muy execrable para la conciencia de muchos escritores y moralistas que, bombardeados por la propaganda anti-nazi, han hecho del Tercer Reich un anatema digno de exorcizar y el foco más abominable del racismo y la soberbia, Ontiveros logra colocar un acento, hasta ahora nunca meditado, de la reclusión de Rudolf Hess. Después de 1945, el nazismo se convirtió casi en un género literario: abundan las novelas acerca del sadomasoquismo de los campos de concentración y de la malignidad de los jefes alemanes, como en Erich Von Vereiter. Acaso los tratamientos más benévolos son los que se refieren al espionaje y al contraespionaje, de donde surgió la saga moderna del agente 007. Pero nunca, hasta donde sé, alguien había incursionado en el interior de uno de los fundadores de la Logia del Thule, el núcleo exotérico del futuro Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (NSDAP).

Más allá de los razonamientos morales, de un inesperable

remordimiento por el genocidio virtual, o de una abdicación de las ideas que rigieron sus actos, encontramos a un Hess reconcentrado en dos de sus pulsiones más ciertas: el erotismo y el esoterismo. El ambiente gótico que logra crear, la introspección que fija al carácter del preso de Spandau, así como las ignotas corrientes subterráneas que se relacionan con su cosmovisión, donde se anudan las cavilaciones más profundas de Nietzsche con los misterios desconocidos de la Logia del Thule, inducen a leer esta novela como una literatura de rebelión conservadora, como una saga auténtica del *pensamiento heliocrático*.

Dominio *heliocrático* al pensamiento mítico ligado a los misterios del culto solar de la Tradición Primordial. Es decir, a toda una cosmovisión que se vale de los “símbolos fundamentales de la ciencia sagrada” -para emplear la expresión de René Guénon- que sobrepasa al mero raciocinio y a la lógica establecida, y donde la violencia, el sacrificio, el orden, la jerarquía, la autoridad, lo sagrado, el amor al destino, la nostalgia por la nobleza histórica y el carácter aristocrático del espíritu contrastan con el pacifismo, el egoísmo, la ausencia de principios fundadores, la igualdad, la creencia en el poder de la cantidad y el número, lo profano, el azar masificable, la arrogancia horizontal e indiferente y la idolatría contemporánea hacia lo vulgar.

El *pensamiento heliocrático* no se confunde con expresiones políticas circunscritas a una época determinada, pues se supone transhistórico y vinculado ineluctablemente a un tiempo circular. Vivimos, de acuerdo con ello, en la Era Oscura o *Kali-Yuga*, la era del caos del número y del alejamiento de lo sagrado. Aunque a Ontiveros suele calificársele como un escritor *fascista*, las diferencias que lo

separan de escritores de esa época son varias. Encuentro mayores afinidades de su prosa con el impulso heterodoxo de los cantos goliardos que con expresiones más recientes de las ideas autocráticas.

No se le puede relacionar, en primer término, con una circunstancia bien delimitada en el tiempo lineal; es decir, solamente los escritores que apoyaron a Mussolini o a Hitler son, estrictamente hablando, filofascistas o nazis de pleno derecho. Tampoco tiene una relación homologable con escritores identificados con el franquismo o el falangismo, no obstante la admiración que profesa hacia autores afines como Giménez Caballero; Ontiveros es un escritor nacido en 1954. En todo caso, es un admirador de las expresiones de autoridad, como Joseph de Maistre o Donoso Cortés; no de la autoridad *per se*, sino de la que se liga a orígenes no humanos. Empero, no es un tradicionalista ortodoxo, pues dista de ser un observante de la disciplina de la contención; se autodefine también, por eso, como un seguidor de la “vía de la mano izquierda”, es decir, la vía de los excesos, la que privilegia el vino sobre la vía de la leche o de la *inocencia contemplativa*. Sus múltiples influencia literarias -Tolkien, Lovecraft, Bloy, Horia, Pessoa, etcétera- en las que busca rastros numinosos del saber tradicional, lo convierten más nítidamente en un representante sobresaliente del “pensamiento heliocrático”, relacionado con postulados estéticos de escritores como Mishima y Montherlant. Su narrativa apela constantemente al fuego y a los mitos solares, lo que no impide expresar cierto panteísmo herético en uno de sus relatos de juventud: “Hubiera podido arrepentirse en el Auto de Fe, pero alguien que cree en el principio indivisible de la sustancia, lo mismo le da ser hombre de

carne y hueso que tronco, fuego o ceniza”³. Existen en su obra permanentes referencias a los mitemas solares, que procura decantar en el alma de sus personajes principales.

Un autor italiano vincula el reflejo de los mitos con lo que denomina la *cultura di destra*. Allí enuncia la manera en que los mitos europeos, y en especial del rito sacrificial, cobraron una nueva dimensión en la Europa de la primera mitad de este siglo. El *mensaje secreto* de Mircea Eliade y el *vencer muriendo* de la Guardia de Hierro de Corneliu Codoreanu, conectan el mito con la acción, de cuyos desposorios nace el heroísmo. Tal sería uno de los sentidos posibles del *heliocratismo* ontiveriano. Creo que es más apropiada esa visión del *lenguaje de las ideas sin palabras*, que incluso la designación de neofascismo profano o sagrado⁴, pues lo que da cuerpo a su obra narrativa es una concepción articulada de los mitos solares en donde el orbe fascista o neofascista sería una de sus expresiones; la parte no puede ser mayor que el todo. No está de más mencionar que Clemente Graziani⁵, un autor italiano a quien Ontiveros leyó en su juventud, refiere la transhistoricidad de la idea autoritaria defendida por los fascistas y que no se restringe a una forma de Estado en particular. Los temas de la derecha tradicionalista, inaugurados por De Maistre, en los que la “ley del mundo no es la armonía sino la iniquidad, la

³ José Luis Ontiveros, “El Hereje” en *La treta de los signos*, Colección Letras Nuevas; México D.F., SEP-CREA, 1986, p. 16.

⁴ *Vid.* Furio Jesi, *Cultura de derechas*, trad. Rosa Premat; Colección Ensayo n.25; Barcelona, Muchnik, 1989, pp. 43-65 y 71-87.

⁵ *Vid.* Clemente Graziani, *Proceso alle idea*, Roma, Edizioni Mediteranee, 1974.

injusticia, la violencia, el crimen” cobran una dimensión sacrificial y de expiación de la narrativa de Ontiveros⁶. Quizá sea acertada la observación de Georges Bataille, quien ve en la coerción y en la hegemonía del Estado las características centrales del fascismo, proyectadas como una idea hegeliana; sin embargo, ello no establece ninguna diferencia con los regímenes autoritarios socialistas, lo que sugiere, entonces, la especificidad del *pensamiento heliocrático*⁷.

Además, si en el fascismo ideológico, partidario y doctrinario no cabe la duda -recordemos la consigna mussoliniana: *creer, obedecer, combatir*- en el *pensamiento heliocrático* el escepticismo, e incluso cierta propensión nihilista, tiene su justificación existencial. Si para Ghénon el error tiene su lugar en el cosmos, para Ontiveros la duda también es parte de su *credo* personal. Su nihilismo difiere del ruso porque no pretende un desasimiento del mundo; se emparenta con el nihilismo nietzscheano porque busca erigir valores opuestos a los de la civilización judeo-cristiana. No es una nada totalizante ni absorbente, pues siempre asoma algún resquicio de sacralidad; así como en la teología católica el mal carece de sustancia y se define como la ausencia de bien, el nihilismo de Ontiveros es una ausencia de heroísmo, no una ausencia de lo sagrado. Es un entusiasta

⁶ Al respecto puede consultarse el estudio del ya fallecido erudito de la Universidad Hebrea de Jerusalén: J.L. Talmon, *Mesianismo Político. La etapa romántica*, trad. Antonio Gobernado, México D.F., Aguilar Editor, 1969, pp. 267- 285.

⁷ *Vid.* Georges Bataille, *El Estado y el problema del fascismo*, trad. Pilar Guillem Gilabert, col. *Hestia-dike*, n.1, Universidad de Murcia, España, 1993, XXV+43 pp

del nihilismo activo al que se refiere Nietzsche⁸; pero si el nihilismo es un panteísmo negativo, para Ontiveros la eternidad no está puesta en duda; tampoco desmerece de los valores derivados de la mitología solar. Simplemente piensa que los dioses se ausentan para increpar la fortaleza de los hombres.

Conocedor profundo de algunos de los misterios sagrados de las tradiciones indoeuropeas y árabes, nos presenta a un Rudolf Hess familiarizado desde su infancia con las corrientes subterráneas del hermetismo egipcio. El autor entra en contacto con el barón Sebotendorf Von der Rose, quien le permite el acceso a un libro extraño, una noche berlinesa que se guarda como si fuera “una joya exótica que no pertenece a nadie y que ocasiona la muerte por el mismo deseo de conocerla”⁹. Ese encuentro acontece en el **Hotel de las Cuatro Estaciones** y, a partir de allí, se entrelaza la vida de Rudolf Hess con la prisión del Marqués de Sade en la Bastilla. Los vasos comunicantes de la tragedia de Hess lo conducen también a Nietzsche, quien en algún escrito llega a mencionar el nombre de la ancestral ciudad mexicana de Oaxaca.

Subsiste, por ello, una afinidad esencial, que trasciende el tiempo, en la concepción de la novela. Encontramos, así, la vinculación solar de la magia mítica que irradia Monte Albán con el superhombre nietzscheano y las enseñanzas místicas

⁸ Vid. “De Zarathustra al anarca”, en: José Luis Ontiveros, *La espada y la gangrena*. Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1992, pp. 67-74.

⁹ José Luis Ontiveros, *El Hotel de las Cuatro Estaciones*, Colección Molinos de Viento, n. 88, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, p. 22.

que se atesoraron en la Logia de Thule. La práctica de la cópula invertida, los ejercicios de meditación de una secta derviche y la concentración en la “O” que se formaba con el índice y el pulgar semicerrado, lo que permitió a Hess evitar el efecto de la narcosis en su encierro de la Torre de Londres, sirven para comprender la simultaneidad de lo sagrado:

El 9 de mayo de 1945, mientras el Gran Almirante Doenitz firmaba la capitulación del III Reich, en los acantilados del Bósforo el barón se disparaba con una Luger en la sien y un cuervo negro defecaba sus heces sobre un montículo mixteco de la sierra de Oaxaca¹⁰.

Después, somos partícipes del periplo completo de Rudolf Hess, desde su infancia en Alejandría hasta su reclusión y muerte en Spandau. El azar es una broma de los dioses, pues los actos de cualquier hombre están regidos por signos, símbolos, figuras e imágenes que anuncian un futuro inescrutado pero que cobra forma plena al cristalizarse en destino. Como hombre apasionado por el mundo medieval, Ontiveros propone una angeología literaria. Al referir el estrangulamiento de la *goim* Ivanova, los ángeles olieron “especies para no sufrir el miasma que se desprendía de su

¹⁰ José Luis Ontiveros, *El Hotel de las Cuatro Estaciones*, Colección Molinos de Viento, n. 88, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, p. 47.

alma descendiendo al infierno”¹¹. Los ángeles se reconocen en los intersticios sagrados de hechos aparentemente banales.

En este momento, el huésped de Spandau y del Hotel Inglaterra había entendido: la música desabrida del ciego en una céntrica calle de la Habana había sido una advertencia desoída de un ángel sufi. Comprendió entonces que lo había salvado del cuchillero, de su riesgoso vuelo, de la hipnosis y la locura; la ríspida cuerda maltratada tenía que repetir su nota lúgubre cada día, hasta que la muerte lo librara del chirriar de las llaves en su cautiverio, interminable como el amanecer en El Morro¹².

Existen también notas humorísticas e inesperadas que nos hablan de un Ontiveros antisolemne. Nos describe al agente Blastein como “enemigo de la guaracha y el danzón”¹³; habla también de la posibilidad de emplear “a los nativos de esa América mestiza como escuadrones de cipayos que devastarían, bajo una adecuada “orientación aria”, el

¹¹ José Luis Ontiveros, *El Hotel de las Cuatro Estaciones*, Colección Molinos de Viento, n. 88, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, p. 76.

¹² *Idem.*, p. 118.

¹³ *Idem.*, p. 109.

dominio geopolítico de Estados Unidos”¹⁴.

La ética que propone el autor es difícil; sólo en el desprendimiento de la individualidad por un acto heroico brota un sentido de la existencia. La cena en la que Hitler se encuentra con los magnates del acero, los Krupp, y a la que Hess asiste con un traje de etiqueta que tuvo que alquilar, era muy molesta para quien

vio hundirse, en el fango de las trincheras,
los cuerpos sangrantes de sus camaradas,
vestidos con la túnica roja de la muerte,
dispuestos a cenar la metralla que los dioses
disponen como pitanza a los hijos de
Marte¹⁵.

Al descubrir relaciones que confirman la “unidad trascendente de las religiones”, Ontiveros parece decirnos que el suplicio de Hess no fue producto de las potencias aliadas en contra de una persona y de una ideología; fue el veredicto sumario de una época que ha desterrado lo sagrado del corazón de los hombres.

¹⁴ José Luis Ontiveros, *El Hotel de las Cuatro Estaciones*, Colección Molinos de Viento, n. 88, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, p. 100.

¹⁵ *Idem.*, p. 125.